

parochorum postnaniensium haut esse probandam, S. V. enixe rogatur, ut declarare dignetur 1.º An Ordinario liceat, etc.

Causa diu discussa, tandem proposita sunt dubia:

1.º An constet de nullitate matrimoniorum, quæ contrahuntur juxta praxim, de qua in casu, ab Em. Archiepisc. Coloniensi propositam?

Et quatenus negative:

2.º An supplicandum sit Sanctissimo pro convalidatione ejusdem praxis quoad futurum in casu?

S. C. Concilii sub die 18 Mar. 1893 censuit respondere:

Ad 1: Negative, et ad mentem. Ad 2: Provisum in primo. Mens autem erat hæc, ut quoad liceitatem pro futuro adjicerentur iste praxi hæc clausulæ et restrictiones quæ jam fere in usu erant, scilicet: 1) ut mutua

illa et generalis delegatio parochis non sit permissa, nisi accedente Ordinarii approbatione et delegatione, una cum facultate subdelegandi; 2) insuper ut eadem generalis delegatio limitanda sit ad casum, quo res per petitionem proclamationum factam non sit integra, id est, ut restringenda sit ad solos parochos domicilii ab sponis relictis; 3) ut quoad durationem illa delegatio ita determinanda sit, ut expiret, si a die ultimæ proclamationis exclusive elapsi sint duo menses sive 60 dies completi, vel tot dies completi, quot juxta diocesana statuta requiruntur, ut denuo fiant proclamationes, si intra illud tempus matrimonium non fuerit celebratum; 4) obtandum, ut Em. Archiepisc. hujusmodi facultate utatur tantummodo pro majoribus suæ Archidiocesis civitatibus.

APÉNDICE UNDÉCIMO

(CORRESPONDIENTE AL NÚM. 3511.)

Dos Pastorales sobre los daños que han causado y causan en la Fe y en la moral cristiana los errores del liberalismo moderno: su refutación y remedios.

I

PASTORAL DEL EXCMO. SR. OBISPO DE MÁLAGA.

EL ESPÍRITU PRIVADO Y EL ESPÍRITU CATÓLICO

Salvabo gregem meum, et non erit in rapinam: judicabo inter pecus et pecus.

Salvaré mi grey, y no será expuesta á la presa: juzgaré entre ganado y ganado.

(Ezeq., XXXIV, 22.)

I

Aproximándose, amados hijos nuestros, la santa Cuaresma, sentimos la necesidad de dirigiros nuestra voz paternal, exhortándoos á no recibir en vano la gracia del Señor, que durante este santo tiempo nos llama con mayor empeño á la penitencia, á la oración, y á la salvación de nuestras almas.

Sí: á nombre de Dios, su Iglesia santa dirige tiernos llamamientos á sus hijos, para que en estos días de salud, haciendo como una pausa en la breve carrera de la vida, se recojan dentro de sí mismos, examinen el camino andado, vean cómo le recorrie-

ron con relación á su destino eterno: qué adelantos han hecho, ó qué quebrantos han sufrido: y mirando hacia adelante, y considerando la brevedad de la vida y la eternidad que les aguarda, emprendan con nuevos bríos la reforma de sus costumbres, y se apresten á más decidida, más vigorosa y más constante lucha con los enemigos de su eterna salvación.

A defender la grey encomendada nos llaman con estricto deber la santidad del cargo cometido, la confianza depositada por los mismos fieles y la astucia tan tenaz como constante del enemigo, que acecha el extravío de la oveja confiada, ó espía con ávido celo el descuido y soñolencia del Pastor. A defender la grey encomendada nos llama desde lo alto la voz del Pastor Supremo. ¡Oh! Ya el Altísimo dirigía estas encomiendas á los Profetas de la grey de las figuras, y sus fuertes increpaciones símbolo fueron de las amonestaciones que nos urgen y estrechan á nuestras enseñanzas y nuestro apostolado. «Aullad, pastores», repetía con ahinco el Profeta de los *Threnos* (Jer., xxv, 34); clamad y pol-

voreaos de ceniza, mayores de la grey.» «Profetiza, dijo un día el Señor á Ezequiel (xxxiv, 1 y siguientes), viendo á su pueblo, á su amada grey, en las amarguras de la cautividad; profetiza de los pastores de Israel, y diles: esto dice el Señor: ¡Ay de vosotros si no fortificáis lo flaco y no sanáis lo enfermo: si no atáis lo que está quebrado, y no tornáis lo descarriado, y no buscáis lo perdido!» Increpación tan enérgica nos llega al alma, amados hijos nuestros, y aquí nos tenéis repitiendo, en descargo de obligación sacratísima, la palabra con que os saludamos, que es la misma que el gran Ezequiel (loc. cit.), el Sacerdote Profeta, dirigía á su pueblo en las amarguras de Babilonia: «Salvaré mi grey, y no será expuesta á la presa: juzgaré entre ganado y ganado.» Sí; que esas palabras nos sugieren el grave y actualísimo asunto sobre el que nos proponemos hoy dirigiros nuestros acentos pastorales.

Hay un principio que ejerciendo su dañada influencia en almas y en corazones, siembra entre nosotros los gérmenes de una división profunda: división que produce en mayor ó menor escala la existencia de esos dos grandes agrupaciones, de esos dos grandes bandos, de esos dos grandes rebaños, de esas dos agrupaciones á quienes informa diverso impulso, de esos dos grandes bandos á quienes dirige diverso jefe, de esos dos grandes rebaños á quienes apacienta diverso pastor. Ese principio es el que siempre produjo y hoy mantiene con bélico ardor entre nosotros el *espíritu privado* que, irguiéndose atrevido, frente por frente al *espíritu católico*, promueve esos encontrados impulsos, agita esos encontrados bandos, separa á los pueblos en esos dos encontrados rebaños. A defender vengo al mío, exclamaremos con el Profeta; á juzgar entre rebaño y rebaño: á deciros algo relativamente á esta tesis de tanto interés como actuali-

dad: EL ESPÍRITU PRIVADO Y EL ESPÍRITU CATÓLICO.

En diversos órdenes intenta ejercer sus prestigios el espíritu privado, y obtiene sus triunfos el espíritu católico: ya en su cuna, mecida en Alemania, produce el primero trastornos fundamentales en el *orden religioso*: ostenta sus prematuros desarrollos, llevando la revolución al tranquilo *orden intelectual*; y la actividad de sus viriles esfuerzos, y la fatal descendencia que nos deja después de los agitados períodos de su historia, son el vilipendio del *orden moral*, y los trastornos amargos del *social*. Por fortuna, ante los embates del Protestantismo, y las pretendidas conquistas de su infame progenie el Racionalismo, el Positivismo y el Liberalismo, aparece siempre el espíritu católico sujetando sus fatales empujes, y siendo el elemento restaurador de esos cuatro órdenes, principios fundamentales de la humana sociedad.

Amados hijos: si en este momento, en vez de dirigiros una carta, os predicáramos una homilía, bien podríamos hacerla sobre el brillante pasaje bíblico que se registra en las célebres visiones de Zacarías (cap. vi). Había descrito el Profeta la persecución y opresiones con que Babilonia abrumaba al pueblo de Israel, figura de las que la Iglesia había de sufrir por parte de sus enemigos; y como presagiando los triunfos de ésta, transportado con profética visión, exclama: «Y me volví, y alcé mis ojos, y miré: y he aquí cuatro carrozas de triunfadores, que salían de entre dos montes: en la primera carroza había caballos rojos, en la segunda caballos negros, y en la tercera carroza había caballos blancos, y en la cuarta caballos manchados y fuertes. Y dije al Angel que hablaba conmigo: ¿Qué cosas son éstas, señor mío? Y respondió el Angel y me dijo: estos son los cuatro vientos, los cuatro *espíritus* del

cielo, que salen para estar delante del Dominador de toda la tierra.» ¡Oh! ¡Cuán bellas analogías podríamos encontrar entre estas cuatro carrozas triunfales, y las señaladas victorias del espíritu católico sobre el espíritu privado! Mas por encantador que sea el pasaje, por armónica que fantaseemos la homilía, hay que prescindir de los halagos oratorios, y que ceñirse á las dimensiones y sobria sencillez de una carta apologética.

II

En el orden de ideas que intentamos desenvolver respecto á la lucha del espíritu privado contra el espíritu católico, se ofrece ante todo á nuestra vista el *Protestantismo*, ya porque éste es la verdadera encarnación del primero en la época contemporánea, ya porque á la vez es la suma de los trastornos producidos por el mismo en el orden religioso, ya porque también es nuestro propósito hacer llamamiento á nuestro pueblo fiel, sobre ese conjunto sin enlace, de creencias sin armonías.

Aunque el Protestantismo fué herido de muerte en el terreno teológico-filosófico hace ya dos siglos, por el inmortal autor de la *Historia de las variaciones*, con aquel terrible y contundente entimema: *tú varías; luego tú no eres la verdad*: y por más que en el terreno crítico-histórico también le dió el golpe de gracia, casi en nuestros días, el esclarecido cuanto malogrado Balmes, haciendo ver clarísimamente, con documentos fehacientes é irrecusables datos, los frutos amargos para la sociedad, para la moral y aún para las ciencias, producidos por el árbol funesto de la mal llamada Reforma; á pesar de todo, no quiere darse por vencido, y descreditado ya en su tierra nativa, hace esfuerzos supremos para introducirse en nuestro suelo. ¡Ay! Y los

vemos: frente por frente de nosotros están, amparados por leyes que hacen brotar de nuestro pecho pastoral la amargura, la indignación y la protesta; colocan iglesia frente á iglesia, cátedra frente á cátedra, y, lo que más nos traspasa el alma, escuela frente á escuela: y esto no ya aquí solamente en la ciudad episcopal, en donde al fin el cotejo de instituciones resulta desfavorable á las sectas, y los mayores elementos de ilustración y más poderosos atractivos á la piedad pueden servir de obstáculo á la propaganda impía, sino hasta en pueblos de reducido vecindario, en donde los peligros son mayores, por ser más próximos, y las defensas menos eficaces, por ser más faltas de medios. ¡Oh! ¿Cómo callar este afligido Pontífice si ve que á sus fieles se les pretende separar de los dulces y anchurosos caminos de Sión, para llevarlos por las ocultas y tortuosas sendas que conducen á las maldecidas alturas de Garizim? ¿Cómo callar el Padre solícito de esta espiritual familia, si ve que á sus hijos se les aparta de las escuelas de la verdad, para que asistan á los gimnasios y efebias de los incircuncisos! ¡Oh, no! ¡Callar, nunca! ¡Tan criminal sería este silencio, como el del padre que viera sin replicar la ruina y perdición del hijo querido: ó del esposo que presenciara tranquilo la profanación del tálamo conyugal!

El espíritu privado, pues, ha realizado por medio del Protestantismo el más completo trastorno en el orden religioso. El libre examen, la libertad de pensar, la admisión de la Biblia, entendida ó interpretada por el espíritu privado de cada uno; he aquí el dogma fundamental del Protestantismo. Persuadidos estamos que basta á vuestro sentido práctico haberos enunciado esta base de todo el sistema protestante, para que os convenzáis plenamente de que sobre tan movable cimiento imposible es edificar

cosa sólida. El está en pugna con la noción íntima de todo orden religioso, sea cualquiera el rito ó asociación bajo la cual aquél deba constituirse. Para la constitución y conservación de una sociedad cualquiera, de toda agrupación de hombres, por rudimentaria que sea, necesitan indispensablemente lazos que unan entre sí á los individuos que la componen, y cuanto más fuertes fueren estos vínculos, tanta mayor fuerza y cohesión tendrá la sociedad constituida: prescindid de estas mutuas relaciones, de esta dependencia y subordinación de unos miembros con respecto á otros, y por necesidad, anulada ha de resultar también y sin fuerza alguna, y del todo disuelta la agrupación establecida ó que se pretenda establecer. Esto es precisamente lo que han hecho las sectas disidentes al separarse de la unidad de fe y de los vínculos sagrados de la caridad, que constituyen la fuerza indisputable de la Iglesia católica. El principio fundamental del Protestantismo es, por lo tanto, esencialmente anárquico y disolvente, pues permite á cada particular creer lo que mejor le parezca, y obrar en conformidad con esta creencia.

No: no es posible, con estos disolventes principios, ni un remedo, ni un esbozo siquiera de verdadera sociedad religiosa. Así es que, ya en vida del propio Lutero, contábanse treinta ramas del Protestantismo, cada una con su credo propio: y hace pocos años, el Abate Gaume (*Catecismo de Perseverancia*) enumeró con sus propios nombres, en sola la ciudad de Londres y sus inmediaciones, hasta ciento diez sectas, cada una con su profesión de fe distinta, y con prácticas hasta diametralmente contrarias, sacando este dato tan elocuente de una obra inglesa titulada: *Guía con objeto de alcanzar la verdad y la felicidad*, pág. 85. ¡Bona página para añadida á las inmortales de la *Historia de las Variaciones!*

De este principio tan elástico del

libre examen y del espíritu privado, resultó lo que no podía menos de resultar: que uno tras otro han venido negando los reformadores protestantes los dogmas todos enseñados por Cristo, y confiados al depósito de su Iglesia santa. Y puestos á reformar, no se han contentado con cortar las ramas majestuosas del árbol de las creencias, sino que han aplicado á la raíz del mismo su desatentada segur: no les pareció bastante reformar los dogmas y prácticas de la Iglesia Romana, y han pretendido, finalmente, reformar también á su mismo divino Fundador, convirtiendo á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en un simple filósofo, ni más ni menos que lo fueran Sócrates, Séneca ó Platón. ¡Y todavía tienen la audacia y ridícula pretensión de llamarse *cristianos* los que de tal manera reniegan de Cristo y de su divinidad!

¿Y qué hemos de decir, después de un examen imparcial, sobre lo que haya sido la obra del Protestantismo en pro de la virtud, y en orden á la perfección moral de los hombres? ¿Qué podían éstas esperar de una doctrina que desconoce la ley á que los hombres han de estar sometidos, y les quita por otra parte la libertad de albedrío? Bajo las influencias del Protestantismo se podrán, sin duda, ejercitar algunas virtudes; pero no por razones sólidas, sino por mero respeto á la opinión pública. Aun ésta misma, á la que más en rigor llamaríamos *conciencia pública*, ¿quién la forma más adecuadamente, quién la sostiene más eficazmente sino el espíritu y la Iglesia católica con sus doctrinas purísimas, con la autoridad de su predicación uniforme, con la organización de su ministerio, con los avisos y documentos de sus Apóstoles, con los ejemplos de sus Santos? ¡Oh! La religión, cuyo símbolo se encierra en estas palabras: *creo lo que te parece cierto*: y cuyo decálogo en estas otras: *obra lo que te parezca bueno*, acaba con toda

regla y criterio común en el orden religioso y moral.

Ved, pues, amados hijos nuestros, pensando sin prejuicios, discutiendo con serenidad y hablando sin insultos ni recriminaciones, lo que realmente es la secta á que con tanto empeño se quiere dar carta de naturaleza entre nosotros. Bien lo veis, es un sistema sin valor científico y sin poder religioso: hasta le va faltando, ya hoy en todas partes, aquel entusiasmo que le sostuvo en otro tiempo: tras él van hoy principalmente aquellos hombres faltos de religión y de disciplina; pero que todavía no son osados á declararse francamente impíos.

III

Hijo legítimo de la *Reforma* es el *Racionalismo*. El sistema protestante, ideado por sus autores para halagar las pasiones, y sublevar tanto á los individuos como á los pueblos contra la autoridad de la Iglesia, había de manifestarse algún día claramente bajo la odiosa forma de la impiedad: escapóse esto ciertamente á la previsión de sus fundadores: no se presentaron ellos como apóstoles de una religión nueva, sino como reformadores de la antigua, cuya pureza intentaban restablecer, extirpando aquellas supersticiones con que, según ellos, había la Iglesia adulterado la verdad. Su programa anunciaba la más genuína interpretación de las Sagradas Letras; la más recta enseñanza y la más pura práctica de la moral cristiana; la más desapasionada restauración de las ideas de justicia y de derecho: tales eran sus promesas: sabido es, amados hijos nuestros, que espléndidas son siempre las promesas y altisonantes los programas de aquellos que intentan escalar poderes ó derrumbar instituciones.

Pero ¡pobres reformadores!, obcecados por su orgulloso afán, no com-

prendieron la palmaria contradicción en que incurrieron; trataban de conservar una religión positiva, que toda ella es autoridad y tradición, y, sin embargo, querían hacerlo por la virtud misma del principio que la destruye, que es el libre examen. ¡Oh, desgraciados! No vieron el término adonde había de conducir, más ó menos tarde, el espíritu privado que proclamaban. Y aquella contradicción se manifestó bien pronto; y entre las nieblas de aquella funesta ceguedad viéronse las ideas, sorprendidas y asombradas, por las consecuencias que la lógica del Racionalismo supo deducir de las premisas protestantes. En vano procuraron algunos de ellos contener el desenvolvimiento de sus propios principios: la ciencia, áun cuando extraviada, tiene sus procesos indeclinables. En vano formaron nuevos símbolos y colocaron nuevas *confesiones de fe*, bajo el amparo de los Príncipes; el Racionalismo no toleraba ya tales ficciones, y rechazó con desdén manifiesto y deducción inexorable estos mentidos expedientes de la incredulidad arrepentida. El mundo intelectual, entonces, aprendió que el Protestantismo se fundaba en un principio francamente racionalista, y las ideas, para ser lógicas, comenzaron á renunciar al orden sobrenatural: una crítica escéptica informó la exégesis bíblica, y desnudos los milagros y las profecías de su valor divino, faltaba tan sólida base á las creencias; y la viviente estatua de la fe caía mutilada y áun yacía vergonzosamente postrada ante las ideas de cada hombre, bien así como amanecía el ídolo Dagón (*I Reg.*, v) en el templo de los filisteos.

La Iglesia católica vió, pues, delante de sí un nuevo y encarnizado enemigo, que comenzó á combatirla con no menos furor del que había poseído á la *Reforma* en el siglo XVI: enemigo que, cuadrándose frente por frente del espíritu católico, padre y

generador de la verdad, pronuncia altanero aquella palabra que sintetiza la revolución intelectual provocada por el espíritu privado: ¡los derechos de la razón! ¡Oh! Este es el hijo pródigo que pide á su padre la porción de sustancia que le pertenece; y que, separándose de las saludables influencias de la casa paterna, de la Iglesia Católica, marcha desatentado á regiones lejanas, en donde disipa sus propias energías, entre los aplausos del error y las bacanales de la liviandad.

¡Los derechos de la razón! He aquí la frase ampulosa que entusiasma, que enloquece á nuestro período. Y bien, ¿qué queréis que se conceda á la razón? ¿Queréis que sus lucubraciones y sus triunfos sean completos en todos los órdenes intelectivos? ¿Que de todos los rayos esparcidos en el mundo material y en el mundo inteligible, se forme un gran foco de luz, que llamemos la ciencia del hombre ó la filosofía humana? ¡Ah! La razón, segura de sus conquistas al verse inundada de su propia claridad, parece exclamar en la embriaguez de su triunfo: ¡me basto á mí misma! Pero ¡ay! que la sabiduría humana está siempre limitada por alguna parte; esa filosofía natural, exclamaba Fenelon, que podría llegar hasta el último límite de la razón puramente humana, es una novela de la filosofía. ¿Conocéis á Dios en todos sus esplendores, y al hombre en todas sus facultades? ¿Habéis fijado sobre sólidas bases las columnas de Hércules en el campo de las realidades? Entonces, ¿por qué vuestra filosofía es la duda, vuestra ciencia el escepticismo? La razón humana, por más que haga, tiene su medida propia, y no puede sobrepujarse á sí misma: el que camina solo por su razón, se deslumbra fácilmente por sus propias visiones, y entre los vértigos de su pensamiento personal, se crea una grandeza ficticia que equivocadamente toma por el progreso de su inteligencia.

IV

Tras los desastres ocasionados por el espíritu privado en el orden de las ideas, aparecen en lógica sucesión los promovidos por el mismo en el orden de las costumbres: después del Racionalismo, era lo más natural la aparición del Positivismo, nueva forma que han tomado en nuestros días las doctrinas materialistas. Quien estudie, siquiera sea á grandes rasgos, los desenvolvimientos de la extraviada ciencia moderna, no puede ignorar que el positivismo es hoy cultivado en las escuelas de Alemania, Inglaterra, y principalmente en Francia; y cierto con tan ciega adhesión, y tan orgulloso menosprecio de la filosofía espiritualista y cristiana, que es para espantar á todo ánimo verdaderamente honesto y católico.

Es, á la verdad, sorprendente é increíble que aquellas mismas doctrinas que aún antes de la venida de Cristo ya reputaron por delirios Platón y Aristóteles; que aquel abyecto materialismo de Demócrito y Epicuro, á quien puso silencio la razón filosófica durante largos y dichosos siglos de Cristianismo, renazca hoy con nuevo vigor, en el seno de la civilización europea. ¡A esto ha venido á parar la soberbia del espíritu privado! ¡A hacernos retroceder á las mismas edades paganas! Hay, en verdad, diferencias de escuela entre los antiguos materialistas y los modernos positivistas; pero siempre nos resulta una fatal convergencia en ambos sistemas, tristemente trastornadora en nuestros días de todo el orden moral. Porque ese explicar todas las cosas del mundo exterior y de la vida humana por medio de la fuerza, que consideran esencial á la materia, excluyendo la acción divina y la anímica, es suprimir la idea del verdadero Dios, el concepto de la libertad

de albedrío y la noción de toda moral y justicia; idea, concepto y noción que no vienen á ser ya otra cosa que movimientos del organismo físico y combinaciones que varían con las circunstancias de las personas, de los lugares y de los tiempos. «No conocen estos filósofos, exclamaba el gran Pontífice Pío IX (alocución *Maxima quidem*), otras fuerzas que la que reside en la materia, y ponen toda la moral y honestidad en acumular y aumentar de todos modos las riquezas, y en satisfacer todo género de malas pasiones. Con estos vergonzosos y abominables principios defienden, fomentan y ensalzan la rebelión de la carne contra el espíritu, le atribuyen dotes y derechos naturales, que dicen ser conculcados por la doctrina católica, menospreciando de todo punto aquel aviso del Apóstol. (Ad Rom., c. VIII, v. 13): «Si viviereis según la carne, moriréis; pero si mortificáis la carne con el espíritu, viviréis.»

Ante tan extraviada dirección del orden moral, ¿qué extraño puede ser el espectáculo que á cada paso ofrece la intuición desconsoladora de los desórdenes de las costumbres públicas y privadas de nuestra época? ¡El es el triste resultado de los devaneos de la razón orgullosa y del espíritu privado! La concupiscencia ha tomado posesión de los pueblos, y dando rienda suelta en el mundo á las grandes pasiones que la constituyen, ha oscurecido la atmósfera con su hálito emponzoñado; el fuego de la concupiscencia ha caído por todos lados: *supercecidit ignis*. (Ps. LVII.). Por doquiera se levanta un humo espesísimo que oscurece el cielo; el sol de la verdad ha desaparecido: *Non viderunt solem*; sólo queda la noche, noche borrascosa en que apenas se divisan salvadoras estrellas. Ello es claro; la filosofía sensualista ha propuesto al hombre y á la sociedad como fin supremo, el deleite material, y confor-

me á las máximas de esta sabiduría carnal y diabólica, aparece el que hasta el oficio de los que rigen la república no ha de cifrarse en el cumplimiento del orden moral, sino en procurar á los asociados comodidades y placeres, que responden á esa excitación constante del deseo de gozar, de satisfacer necesidades ficticias, y de dar rienda suelta á las aspiraciones puramente útiles y deleitables para los sentidos.

La consecuencia, pues, del descreimiento es, bien lo vemos, una espantosa corrupción de costumbres, una immoralidad asfixiante, una universal marea de lujo, de codicia, de sensualidad, que parece que va á anegar todo. ¿No véis al hombre que abre su corazón á todas las simpatías que le prometan, siquiera por una hora, la embriaguez del placer; que abre sus sentidos á todo contacto que le brinde con el deleite de la sensación; que abre su imaginación á todo ensueño que le presente más allá de las realidades que toca, delicias y goces con que puebla, para alimentarse con ellos, todo un mundo ideal? Y para encontrar á la vez todos esos goces, todas esas imágenes y esas conmociones todas, tras las cuales corre su pasión de sentir, ¿no veis cuál vuela, cuál se precipita de festín en festín, de espectáculo en espectáculo, de deleite en deleite?

¿Qué decir de esa novela cuyo ideal, según la brillante expresión de un apologista de nuestra época (P. Félix, Conferencia tercera de 1857), no es más que una carne portizada? ¿Qué decir de nuestro teatro al que sólo por antífrasis podríamos llamar hoy la escuela de las costumbres; y á cuyas representaciones, muchas de ellas prohibidas por autoridad legítima, y á cuyos bailes inmundos no pueden de ordinario asistir sin rubor las personas honradas? ¿Qué decir de esas modas indecorosas, que arrastran de día en día todo lo que había